

Estoy contigo

Melania G. Mazzucco

Estoy contigo

Historia de Brigitte

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Io sono con te

© Giulio Einaudi editore s.p.a.

Turín, 2016

Ilustración:

Primera edición: octubre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-

Depósito Legal: B. 0000-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Tú no temas, porque estoy contigo.

Isaías, 41:10

Una tarde de noviembre estamos sentadas una frente a la otra. Nos separa únicamente una austera mesa de madera que ha perdido todo brillo desde tiempo inmemorial. La rodean una docena de sillas vacías: en este local se suelen escuchar confesiones o se mantienen conversaciones. Cae una lluvia malévola y cansada, y la humedad agrava el frío, pero detrás de la puerta la calefacción está encendida y caldea un poco la habitación. La luz, que cae desde una lámpara polvorienta, es débil, y el niño –echado en el sofá, con la chaqueta del chándal doblada bajo la cabeza a modo de almohada– se ha adormecido. Sobre la mesa hay una botella de agua mineral, el recipiente vacío de un zumo de frutas y un paquete de galletas. Los he comprado en el supermercado de la esquina. Esta vez me he acordado de que ella siempre tiene sed y el niño hambre, y no he cometido el error de presentarme con las manos vacías. La semana pasada me sentí mal. Hay también una pequeña agenda de anillas: para cada día, una página con catorce líneas y amplios espacios en blanco. Es del año pasado y la utilizo como cuaderno.

Pero está cerrada, porque aún no he empezado a tomar notas delante de ella. No tengo grabadora ni cámara de vídeo. Por otro lado, tampoco es que esté haciéndole una entrevista.

Nos conocemos desde hace unos meses. No quiero intimidarla ni forzarla a asumir un papel. Es lo que hizo, de manera instintiva, la primera vez que nos reunimos. Aún no sé si voy a ser capaz de escribir su historia. Pero estoy segura de que, si puedo hacerlo, será únicamente porque habrá sido ella misma conmigo, y también yo con ella. Solo entonces yo podré ser ella y seré capaz de encontrar las palabras.

Nuestras conversaciones parecen divagaciones que no lleguen a ninguna parte. Avanzamos a saltos repentinos, asociaciones deshilvanadas, de un tema a otro. Las exquisiteces que no pueden faltar en un banquete nupcial, los ritos fúnebres, el sistema educativo de su país, la música, la política. Hablamos en francés, para que se sienta más libre. Hablamos también de lo que le pasó. Pero con delicadeza. Le dije que no íbamos a empezar por el principio. Lo que tuvo que soportar en África ya me lo contará más adelante, si le apetece. Si confía en mí. Esa tarde me está contando por tercera vez su llegada a Roma. Y, de repente, se interrumpe y me pregunta: ¿Los habitantes de Roma son los romanos?

Pues sí, respondo, sorprendida, aunque en Roma también vive mucha gente que no es romana. Me han dicho algo horrible, dice, repentinamente rabiosa. Tienes que decirme la verdad. Es decir, si es verdad. Se trata de lo siguiente: los romanos mataron a Jesucristo.

Me quedo atónita un instante. Me parece extraño, paradójico, que sea ella la que me pida explicaciones sobre la historia de Jesús. Es profundamente católica, estudió en las monjas, hizo la comunión y recibió la confirmación, va a la iglesia todos los domingos y no ha dejado de hacerlo ni siquiera el tiempo en que estuvo fuera de sí. Solo posee un libro, la Biblia, y lo lee siempre. Se sabe de memoria páginas enteras, versículo a versículo. Pero su pregunta revela una angustia tan auténtica que no puedo evitarla. Me aventuro en el relato. El quinto prefecto romano de Judea, Poncio Pilatos. Los guardias del Templo de

Jerusalén, que arrestan a Jesús en Getsemaní y lo llevan encadenado al palacio del sumo sacerdote, donde es maltratado e interrogado durante toda la noche, y luego, por la mañana, es conducido al palacio del pretor, porque Judea es una provincia romana y solo el gobernador romano tiene el poder para condenar a muerte. El diálogo entre Poncio Pilatos y Jesucristo, y la última pregunta del prefecto: ¿Qué es la verdad? A la cual Jesús no responde. El pueblo que invoca el nombre de Barrabás. Y luego, sí, los soldados romanos que flagelan a Jesús, lo cubren de escupitajos, lo arrastran hasta el Gólgota y lo izan a la cruz. No es un castigo excepcional, me veo en la obligación de especificar. Lo hacen con todos los criminales extranjeros, los rebeldes y los enemigos de César.

¿De verdad hicisteis eso?, me pregunta. Como si el delito se hubiera cometido la víspera y los asesinos impunes estuvieran vivos y, tal vez, entre nosotros. Los casi dos mil años transcurridos desde ese día ya no significan nada. Pero no porque no recuerde la fecha o porque se confunda. Porque el pasado no cuenta. El tiempo para ella solo existe en el presente. Yo soy romana. Por tanto, yo he matado a Jesucristo.

Las cosas han cambiado bastante desde entonces, intento explicarle sonriendo. Y casi como en broma intento justificarlos. Los romanos no sabían quién era Jesús. No creían en su Dios. ¿No? Peor aún. ¿En qué creían? En los dioses. El dios del mar, de la guerra, la diosa del amor... Pero para entonces muchos ya ni siquiera creían en estos y sentían curiosidad por los dioses de otros pueblos. Mueve la cabeza, en señal de desaprobación, y se calla. Me gustaría volver al punto en que nos habíamos quedado, pero ella insiste. Me doy cuenta, un poco tarde, de que se trata de una cuestión muy seria. Como si la culpabilidad de los romanos, y por tanto la mía también, pudiera truncar de raíz nuestra joven amistad.

Profundizo. La crucifixión de Espartaco, el jefe de la rebelión de los esclavos, el Imperio romano, la inquietud de Palesti-

na, Tiberio, Jerusalén, los judíos zelotes, los fariseos, los saduceos... El gobernador de Judea y la costumbre de que él mismo liberara, para la fiesta de la Pascua, a un condenado, elegido por la multitud; Pilatos, quien, por miedo a provocar un tumulto, acepta el veredicto de la muchedumbre. Ella ni siquiera me escucha. Y repite: *C'est grave, c'est grave*. ¿De verdad hicisteis eso?

Sí, admito, al final. No lo salvamos, aunque pensábamos que era inocente. Nos lavamos las manos.

Ella asiente, aliviada, y retoma su relato.

Bajo cualquier forma que se presente, y sea cual sea su causa, el exilio, en sus comienzos, es una escuela de vértigo.

E. CIORAN, *La tentación de existir*

Ella camina. A decir verdad, no es el verbo apropiado. Para ponerse en camino es necesario tener una dirección, y ella no la tiene. Ella pasa. Tropezando, inestable sobre sus piernas y sus pies doloridos, entumecida, casi doblada sobre sí misma, choca con cuerpos, golpea contra hombros, brazos, espaldas, tropieza con maletas, bolsas, zapatos. Quizá alguien la impreca o la empuja a su vez, pero ella no presta atención y, de todas formas, no le importa. Ella pasa. No tiene que ir a ninguna parte. No tiene ninguna cita. Nadie la espera.

El 26 de enero de 2013, a las cinco de la tarde, las estaciones de observación meteorológica de la ciudad de Roma registran una temperatura de cinco grados, pero el sol se ha puesto hace ya media hora y el termómetro está bajando. Sopla un viento del norte moderado, que limpia el aire y barre las calles, formando remolinos con bolsas de plástico, hojas y papeles. Ella pasa. Si se detiene, se congela. Viste unos tejanos oscuros y una chaqueta negra. No bastan para protegerla del invierno. Lleva una gorra de piel en la cabeza, pero no tiene guantes. Tiembla, siente escalofríos y le castañetean los dientes. Nota punzadas en los dedos de las manos, las yemas están ya insensibles. En las mejillas, el frío le hiela las lágrimas.

Casi sin interrupción, los altavoces de la estación de Ter-

mini difunden en italiano y en inglés informaciones sobre las partidas y sobre los retrasos de los trenes. El volumen de tales anuncios es alto, pero también el ruido de la multitud; el fragor de los convoyes que parten o que llegan, el retumbar de los motores que sube desde las calles cercanas, inundadas de tráfico, y el ruido de fondo de la estación transforman esas voces automáticas en una letanía sin sentido, molesta, casi alarmante. A lo largo de los andenes de Termini circula sin tregua la acostumbrada muchedumbre de pasajeros, carteristas e inadaptados, los empleados de la limpieza maniobran con los cubos y los sacos de basura, vociferando, los encargados conducen los carritos refrigerados hacia los coches restaurante, los ferroviarios uniformados se encuentran, se saludan, fuman el último cigarrillo antes de volver al servicio. Ella llora y pasa.

El estanco, el quiosco de prensa, las cafeterías exponen porciones de pizza, bocadillos, revistas, horóscopos, artilugios y botellas de agua mineral. El lado izquierdo de la estación, paralelo a la calle Marsala, está en silencio. El rótulo de la farmacia proyecta una cruz verde sobre la acera desierta. Dentro, entre las estanterías, no se ve ni una sombra. La puerta acristalada de la sala para viajeros está cerrada, a estas horas de la tarde de sábado, el resto de oficinas están vacías. Donde termina la marquesina, brilla el andén en la oscuridad. Los trenes regionales salen desde las vías situadas al fondo, pero por la tarde se van espaciando y, ahora, en esa dirección se encaminan furtivos sobre todo los espectrales habitantes de las casetas en desuso y de los vagones destartados que se encuentran diseminados en tierra de nadie, tras el amasijo del cruce de vías. La atrae el resplandor de luces del lado opuesto de la estación, el que corre paralelo a la calle Giolitti. Por allí pasan los turistas en busca del tren para el aeropuerto, y tal vez por eso ha sido transformado en una zona comercial, a la que dan el restaurante, un gran almacén, las perfumerías y las tiendas de regalos. Ella pasa.

Parece una calle, ancha como la avenida de una ciudad, que incluye el paso cubierto que separa la zona de los andenes del vestíbulo y une las calles Marsala y Giolitti. De un lado y del otro, cafeterías, bocadillerías, tiendas de degustación y restaurantes con llamativos rótulos de neón, cubículos y negocios donde se venden bolsos, galletas, teléfonos móviles, chocolate, medias, perfumes. En los escaparates de las tiendas de ropa, los maniqués lucen abrigos, plumones y pantalones de lana; en los expositores, jerséis y bufandas variopintas. Ella pasa.

En el inmenso vestíbulo, sobre el tablero suspendido a tres metros de altura, destellan rojos números digitales de dos cifras, precedidos por una letra. Delante de las taquillas, la cola de los pasajeros, apenas una treintena, va evolucionando en orden entre los pasillos delimitados por las cintas. La última semana de enero marca el pico negativo de las presencias en la ciudad. Dentro de poco más de cincuenta horas empezarán los llamados días del mirlo: esas tres jornadas consideradas el periodo menos atractivo para visitar Roma. El único en el que se puede apostar que hará frío: el viento sopla casi siempre de tramontana, los días son oscuros y breves. Quien puede esperar, pospone su viaje. Ella pasa.

Los escasos turistas se zambullen por las escaleras mecánicas hacia la planta inferior de la estación, siguiendo las flechas que señalan las entradas del metro, o bien salen a la plazoleta. Allí son asaltados por varones mal afeitados y descuidados de mediana edad que les soplan al oído la palabra «taxi». La sospechosa maniobra y sus miradas rapaces denuncian claramente el engaño, pero hay quien pica y sigue a través del aparcamiento y las vallas de unas obras a los falsos taxistas, quienes, tras haberse apoderado de las maletas, las cargan sobre coches destrozados por los años, que más tarde descubrirán que carecen de identificación y de taxímetro. Los confundirán por itinerarios tortuosos e interminables y les robarán por lo menos cien euros antes de dejarlos en su hotel. Los demás vacilan, sospechan,

luego niegan con la cabeza y se colocan ordenadamente en la cola bajo la marquesina exterior, en la parada de los taxis oficiales. Ella pasa.

Los coches blancos llegan en oleadas, a intervalos indescifrables y arrítmicos, como el corazón caprichoso de la ciudad. Ahora se condensan igual que un enjambre; luego durante largas pausas no se materializa ni un vehículo siquiera en toda la plaza. A las seis de la tarde ha empezado el partido en el Estadio Olímpico y los taxistas también son aficionados. Quien no espera un taxi se acerca a los bares y los establecimientos situados en la esquina de la calle Manin. Pero para hacerlo tiene que pasar por delante de jóvenes encaramados en los parapetos de mármol de la boca del metro que no muestran una actitud amigable. Desde el recoveco formado por el ángulo de la estación emanan efluvios mefíticos de orina rancia. Ella se sobresalta y se aleja.

A estas alturas, la oscuridad se ha tragado los límites de la plaza. Emergen tan solo los sombreros negros de los pinos, que esparcen sobre el asfalto charcos circulares de sombra. Más al fondo se recortan las murallas oscuras de las ruinas de las termas, iluminadas por la luz roja de un puñado de semáforos que parecen suspendidos en la nada. Ella se detiene y vuelve atrás.

En la fachada principal de la estación, el tejado —una sinuosa ola de cemento armado, petrificada en el acto de romperse sobre la plaza— sobresale del cuerpo del edificio una quincena de metros y protege de las inclemencias la vasta acera que queda por debajo. Las puertas acristaladas se suceden intercaladas con pilares a su vez protegidos por minúsculos tejadillos. Si excluimos las puertas de emergencia, que tienen que permanecer libres de paso, hay dieciocho cristalerías inamovibles: los pilares forman con la pared un recoveco de casi dos metros de largo y unos cuarenta centímetros de profundidad. Prácticamente tiene la forma de una cama individual.

De hecho, ahora que la noche se va consolidando, los residentes de la estación, distribuidos en pequeños grupos, van tomando posesión de sus camastros. Amontonan bolsas de tejido impermeable y carros de supermercado en los que guardan sus tesoros –ropa, papel, chatarra o simplemente basura–. Despliegan los cartones y las mantas y se acuestan. No se hablan y nadie les habla. Una parte de las murallas romanas que rodeaban la ciudad, y que ha sobrevivido a los derribos y las reconstrucciones, cierra como un bastidor esa residencia provisional. Ella llega hasta la punta del recorrido, titubea, luego vuelve sobre sus pasos.

Perpendicularmente, justo en medio de la acera, con el morro hacia la plazuela, está aparcada una furgoneta de los *carabinieri*. Tiene las luces apagadas y las puertas cerradas. Un agente está sentado al volante, otro patrulla, helado, alrededor de su vehículo. La plaza es un espacio inabarcable, inhóspito, un páramo oscuro atravesado por fantasmas que llevan tras de sí la maleta con ruedas, dando brincos sobre las irregularidades de la pavimentación. Las farolas difunden una débil luz amarillenta. Docenas de marquesinas colocadas sobre postes de metal delimitan las paradas de origen de los autobuses de línea. Muchos aparcamientos están vacíos. Los pasajeros esperan pacientemente de pie. Las letras del alfabeto –A-B-C-D-E...– se suceden en los paneles blancos casi invisibles en la oscuridad. Ella pasa.

Vuelve a entrar en el vestíbulo de la estación, donde las puertas que se abren continuamente disuelven la calidez generada por los cuerpos humanos y retenida por las paredes. Empieza de nuevo su vuelta. Entumecida, coja, confusa, va dando bandazos, se tambalea, vacila. Choca con codos, espaldas, piernas. Pasa de nuevo por delante de los tableros de las taquillas, delante de las tiendas de ropa que están a punto de bajar las persianas metálicas, regresa a la cabeza de las vías. Los trenes han reducido su frecuencia. También la multitud, poco a poco, se va haciendo menor. Los espacios se agigantan, las distancias

se dilatan. El ruido se atenúa, los anuncios se van haciendo cada vez más escasos y luego se callan por completo. Ahora tiene que sentarse. Ya no se tiene más en pie. La zona de espera del primer andén es solo para los viajeros con billete. A lo largo de las plataformas y en el interior de la estación, todas las esquinas, los recodos, las cavidades, los rincones, están ocupados.

Sale de nuevo a la plazoleta. Pasa otra vez por delante de la furgoneta. El *carabiniere* la mira. Es la primera persona que se fija en ella desde que vagabundea por la estación y ya han pasado seis horas por lo menos. Le dice algo. Ella no lo entiende. El tono es firme; el gesto, elocuente: Circule.

Ella da unos pasos. Mira a su alrededor. Ya no quedan ni taxis, ni turistas, ni autobuses. Sobre un poste, ve un cartel: es una M blanca sobre fondo rojo. Esa letra no le dice nada. No sabe que se trata del símbolo del metro. Al otro lado de la calle localiza un segundo cartel. Sigue siendo una M, pero tiene otra forma, otro grafismo. La primera es estilizada, angulosa; la segunda, curvilínea. Esa M amarilla sobre fondo blanco le recuerda algo, extremadamente remoto, inasible, pero familiar. Es la M de McDonald's. Se aferra al resplandor de ese recuerdo. Elige justamente esa parte de la acera, desde la que puede ver la M amarilla y sentirse menos perdida. El termómetro marca dos grados. Se echa sobre el cemento, apoya la cabeza sobre la bolsa que ha llevado al hombro durante todas estas horas, se había olvidado de ella, porque está vacía y casi no pesa (solo contiene una gorrita de tela y las ropas de algodón que vistió durante el viaje), y cierra los ojos. Hace más de dos meses que no duerme. Tampoco duerme en su primera noche en Roma.

A las cuatro, la temperatura desciende bajo cero. A poco más de un kilómetro de distancia, un sintecho sale de su madriguera –un paso subterráneo forrado de mantas y cartones– y sigue trastornado a su pequeño chucho que, sin preocuparse

por el frío, tiene que vaciar la vejiga. El perro olfatea los neumáticos de los coches aparcados a lo largo de la calle Piave, en busca del más prometedor sobre el que mear. Del cercano paso subterráneo del Corso d'Italia se eleva un penacho de humo. Algo se está quemando y no es papel, pero el sintecho no tiene móvil ni energías para avisar a nadie: a esas horas de la noche no hay ni un alma dando vueltas por ahí, los locales han cerrado y solo algún coche pasa por su lado corriendo a toda velocidad. Cuando el perro ha soltado el último chorro, vuelve a acostarse.

Ya no es un penacho, sino una nube gruesa y acre, que sale desde la escalera inferior de una salida de emergencia y se disuelve en el aire gélido. Los inquilinos de los edificios decimonónicos construidos al amparo de las murallas aurelianas están acostumbrados a esos malolientes braseros clandestinos, encendidos por los sintecho que han improvisado refugios en los nichos del Muro Torto y en los pasos subterráneos de las calles. En invierno queman de todo: ramas y hojarasca recogidas en la cercana Villa Borghese, papel y cartones encontrados en los contenedores de basura, también plásticos. Se han quejado a la policía municipal, han protestado por la humillante degradación del barrio, pero no ha pasado nada: al contrario, en los últimos meses los campamentos se han multiplicado. Esa, de todos modos, no es una hoguera más. Alguien avisa, por fin, a los bomberos de que por un paso subterráneo del Corso d'Italia está saliendo humo.

El ulular de las sirenas anuncia la llegada de los bomberos. Las llamas continúan creciendo, el olor resulta nauseabundo. Los bomberos luchan con mangueras y extintores para apagar el incendio.

Cuando el humo se dispersa, en el hueco solo queda basura. Botellas, latas calcinadas, tetrabriks fundidos, cartones destrozados por el fuego y lo que parece ser un montón de trapos pero resultan ser dos cuerpos humanos. Carbonizados. Son retirados

y metidos dentro de un saco, a la espera de la autopsia. De las cenizas, milagrosamente intacta, la policía exhuma la documentación de dos hombres, somalíes. Pero no pertenece a los muertos. Los dueños de los documentos constan ambos como encarcelados por robo, desde hace diez días. La nacionalidad, de todas formas, parece coincidir. Otros sintecho acampados a poca distancia hacen correr la voz de que los muertos podrían ser dos refugiados somalíes. Se habían guarecido en aquel agujero desde hacía un tiempo, trabajaban como aparcacoches clandestinos en la plaza del Fiume. El fuego lo habían encendido ellos mismos, en la hora más fría de la noche, para calentarse.

El 27 de enero es domingo. Ella se levanta poco después de las cinco. Aún falta para el amanecer. No siente los dedos, la nariz, la cara, las piernas. Pero tampoco siente el dolor que la lacerara, el cuchillo que lleva clavado desde hace semanas en el centro exacto de su cuerpo. No siente nada. Es como si no estuviera donde está, ni fuera quien es. Como si la mujer que va dando bandazos, vacila y vaga por la plazoleta de la estación de Termini fuera otra, una persona a la que ni siquiera conoce. Porque ella no puede ser esta. No tienen nada en común.

Bebe un trago de agua de la fuente. Está helada. Si fuera todavía la persona que fue, se le pasaría por la cabeza lavarse la cara. Desde que nació, no ha habido ni una sola mañana que no se haya lavado la cara. Y el cuerpo, también las manos. La limpieza como una forma de respeto hacia sí misma y hacia los demás es una de las primeras cosas que le enseñó su madre. *Maman* Nzusi no soportaba ver una mancha, una salpicadura de barro, ni siquiera una mota de polvo. Pero esa mañana del 27 de enero ella no es capaz de pensar en nada y ni siquiera recuerda que tiene una madre. No se lava la cara. Aun así, tiene las mejillas mojadas y suaves. Está llorando.

Atraviesa el pasillo interior y desemboca en la calle Marsala. El enorme rótulo que corre por encima de la entrada, Roma

Termini, es lo primero que vio ayer, al llegar. Pero son palabras vacías de significado y que no relaciona con nada. No sabe dónde se encuentra, ni en qué parte del mundo. Solo sabe que está lejísimos de su casa. A su alrededor, la gente habla en una lengua que no entiende. La mayoría tiene la piel del color de una escayola, como el enyesado de los muros del hospital.

Se da la vuelta y vuelve a entrar en la estación. Y empieza de nuevo. Durante todo el día, pasa. Pasa y llora. Por la tarde, se acuerda de que tiene un estómago. De todos los órganos, eso lo aprendió en la oscuridad de la prisión, ese es el último que deja de funcionar. No come desde hace dos días. Tiene veinte euros en el bolsillo de la chaqueta. Un billete azul, liso y nuevo, que ayer vio por primera vez. Pero no sabe cuánto valen veinte euros, ni siquiera está segura de que valgan algo. A lo largo de los andenes, a intervalos de veinte pasos, cuelgan lacias unas bolsas de plástico, destinadas a recoger la basura. Tienen colores diferentes –verde, blanco, amarillo, azul– y en el círculo de metal de la embocadura una inscripción medio borrada por las quemaduras de cigarrillo explica en italiano y en inglés qué material ha de ser depositado en cada una: mixto, papel, plástico, aluminio. Pero ella no conoce ni una ni otra lengua y las inscripciones no pueden ayudarla. En realidad, también los que saben leer echan dentro de todo, a la buena de Dios, por distracción, indiferencia o falta de civismo. Ella pasa y vuelve a pasar por delante de las bolsas. Aún no las han vaciado. Algunas rebosan. A la tercera o cuarta vez que pasa, comprende que lo que está buscando se encuentra dentro de las bolsas verdes.

Mete la mano dentro de la primera bolsa verde que no tiene gente a su alrededor. Remueve, revisa, exhuma un trozo de papel embadurnado de salsa, un cartón que contuvo una pizza: pero está vacío. Prosigue. Una tras otra, hurga en todas ellas. Caza un resto de sándwich. Muerde en el lugar donde una boca desconocida ha dejado la huella de sus dientes. Traga un bocado de pan de molde ablandado por la mayonesa y hume-

decido por la saliva de un extraño. Siente desagrado. Se obliga a tragar. Pesca dos patatas fritas espolvoreadas de sal en un currucho rojo de McDonald's. Encuentra un envoltorio de papel aceitoso, en el que se han quedado pegadas unas hojas de lechuga. *Bon Dieu, bon Dieu, bon Dieu*, balbucea. Es el primer pensamiento consciente que se ha formado en su mente desde hace horas, tal vez desde hace días. *Le bon Dieu ne permettra pas que je prenne une infection. Bon Dieu, mon père, aide-moi.*

Almuerzo y cena con las sobras de los viajeros. Aprende a distinguir qué caminante está picoteando sin apetito y acabará tirando la mitad de su bocadillo. Cuánto tiempo tiene para recogerlo del suelo antes de que otro –aún más hambriento o solo más hábil que ella– se lo lleve de allí. A qué hora, inmediatamente antes del cierre de la medianoche, el restaurante y la bocadillería tiran los restos de la cocina. La humillación envenena el sabor de las sobras: es como comer excrementos. Un pensamiento que aviva la punzada de dolor en el bajo vientre. Tiene que ignorarlo, tiene que olvidarlo. *Bon Dieu*, se repite a sí misma, *bon Dieu, bon Dieu, ne m'abandonne pas*. Levanta el tono, para hacer que su plegaria sea más eficaz. El sonido de su voz la tranquiliza. Por eso continúa, como una letanía. Habla sola, la gente se queda mirándola un instante, luego aparta la mirada. Mientras implora a Dios y mastica, llora. No es capaz de detenerse. El domingo la estación rebulle como un hormiguero. Estos regresan, esos se marchan, aquellos se reúnen. La estación es una ciudad, un centro comercial; para muchos también es un salón. Un váter, un dormitorio, una cocina. Pasan diez mil personas. Nadie la ve.

El 28 de enero el cielo cargado de nubes oscuras parece haberse posado sobre los tejados y sobre el techo de la estación. Ya no hace tanto frío, y cuando ella se levanta del rectángulo de cemento que queda delante del anuncio del McDonald's, que a estas alturas se ha convertido ya en su cama, se siente ate-

rida, pero no congelada. Tiembla, de todas formas, porque le ha vuelto a subir la fiebre. El vendedor ambulante de bebidas y coco fresco, cuyo tenderete –coronado con el rótulo de *ice-water-fruits*– se ha colocado a poca distancia, se ha acostumbrado a su presencia. No le parece sorprendente. Ella no es la única mujer negra y loca que vaga por esa zona. La estación es el imán de la gente perdida. El vendedor es de Bangladesh y él también tiene la tez oscura. No se le pasa por la cabeza ofrecerle una naranja. Ella no podría pagarla, y además el tenderete no es suyo. La limosna, si quisiera, podría dársela el dueño, pero como no está ahí, aunque quisiera, no se la da. Nadie le da nada. La mujer negra que llora no parece de verdad una pordiosera ni una indigente. Duerme en el suelo y come sobras, bebe las últimas gotas de las latas de cerveza tiradas en los andenes, pero viste un par de vaqueros de buena factura, una gorra de piel y una bonita chaqueta negra, en la que muchos ávidos ojos ya se han posado. Por el borde de la gorra asoma un mechón de pelo sucio, que parece carbonizado, tiene las manos despellejadas, señaladas por recientes tumefacciones, pero también esmalte rojo sobre unas uñas bien cuidadas. Llora, vaga y habla sola. Quien pasa por la estación de Termini a finales de enero de 2013 la considera simplemente una loca.

Una mujer negra y loca infunde más miedo que una pordiosera o que una delincuente. Encarna un fantasma femenino atrapado en la memoria milenaria de la gente de este continente, una criatura a la que se le ha hecho daño y que por eso se teme que busque venganza. Por otro lado, el miedo es recíproco. Ella cree que las mujeres blancas son malvadas. Nunca le pediría –y no se la pide– ayuda a una blanca.

A media mañana empieza a llover. Durante todo el día el agua cae monótona de un cielo gris como ceniza. Débil pero insistente, nunca se detiene. Ella tampoco. Mientras las piernas la sostienen, vaga por el interior de la estación. No hay sitios donde poder sentarse. Ella no puede saberlo, pero desde el 2 de

agosto de 1980, cuando los terroristas neofascistas pusieron una bomba en la sala para viajeros de segunda clase en la estación de Bolonia, en Italia las estaciones son lugares de paso, de expiación. A menos que uno sea miembro de un exclusivo club o tenga un billete válido, debe vagar sin descanso, sufrir de pie o pagar una consumición para comprarse el derecho al reposo. Al final, agotada, se derrumba sobre uno de los bancos de mármol negro, encajonados entre los pilares de los tejadillos, a lo largo de los andenes. La lluvia se filtra a través de las grietas del techo podrido, gotea por la pared, humedece la plataforma. Sus tejados se mojan y ya no se secan.

Durante nueve días ella vaga y llora delante, dentro y alrededor de la estación de Termini. Durante esos nueve días tan solo dos personas le dirigen la palabra. El primero es aquel *carabiniere* que le dice: Circule. De manera que la bienvenida que le ofrece Italia es esa invitación no a marcharse, sino simplemente a desplazarse a otro sitio, donde pueda existir sin molestar, sobrevivir sin ser notada. El segundo es un hombre de unos cuarenta años, un blanco, italiano, que está leyendo los paneles de las partidas, en el pasillo interior. Más que verla, la percibe. Evita el contacto ocular, que implica un reconocimiento y compromete igual que un pacto, pero, en cualquier caso, la percibe. A estas alturas tiene un aspecto inquietante. Los ojos completamente abiertos y vacuos, la cara crispada por una tensión espasmódica, la ropa pringosa, el olor acre, la expresión fámélica. Le gustaría ayudarla, porque no puede ignorar que tiene problemas. Pero no tiene tiempo. Está a punto de partir o está esperando a alguien. En cualquier caso, anda ocupado. Le compra un bocadillo, se lo pone en la mano y se marcha.

De manera que el primero que se le acerca de verdad es un extranjero. Negro, como ella, más que ella. Gordito, con entradas, de unos sesenta años (luego afirmará que tiene cincuenta y siete). Se ha fijado en ella mientras hurgaba en la bolsa de la

basura. Se le dirige en italiano. ¿Tienes hambre? Como ella no le contesta, lo intenta en francés. *Avez-vous faim, maman?* Ella niega con la cabeza. Deja caer el bocado blanduzco que había capturado en el fondo de la bolsa. Se avergüenza, como si hubiera sido descubierta robando. Tiene la esperanza de que el africano no se haya dado cuenta de verdad. ¿De dónde eres?, le pregunta el hombre. Ella no se lo dice. Tiene miedo. No lo conoce y, a pesar de tener aspecto bonachón, podría haber sido enviado por los que quieren matarla. *Avez-vous des enfants?*, se aventura él. Una *maman* negra, de unos treinta y cinco años, no puede no tener hijos. Ella asiente esta vez. *Où sont-ils? Je ne sais pas*, reconoce, impactada. Había conseguido no pensar en ello, hasta ahora. Había logrado borrar todas las cosas. Incluso a ellos. *Ils sont perdus...* consigue decir a duras penas, balbuciendo, y empieza a llorar de nuevo.

El negro saca su cartera y le tiende cinco euros. Cómprate algo, le dice, pero no comas la basura que recoges del suelo, que te vas a poner enferma. Ella no coge el dinero, pero advierte que el hombre conoce el valor del billete que tiene en el bolsillo y le tiende esos veinte euros. Le ruega que le compre un teléfono. Necesita un teléfono. Ha intentado explicárselo a los de Bangladesh, que mercadean en las tiendas de móviles de la calle Giolitti, pero no entendían el francés. El hombre le asegura que lo hará. Se aleja con los veinte euros. Es todo lo que ella posee. Pero no duda ni siquiera por un instante que pueda robarle o estafarla. Se fía de él. Algo le dice que ese negro, vestido de negro, es un hombre de Dios.

Poco después, en efecto, regresa el hombre con un móvil, que le tiende junto con el cambio. Es un Samsung negro y plata, con la pantalla que se abre de golpe. Solo le ha costado catorce euros y cincuenta céntimos. Es más fácil encontrar un pelo en el culo de un babuino que alguien que quiera comprarse un móvil de vieja generación. Le explica que la tarjeta se activa a

las veinticuatro horas. Ella le da las gracias, porque aún no sabe que no va a servirle para nada. Aún cree que pulsará una tecla y hará una llamada, como siempre ha hecho. *Merci, merci, merci*, repite. Le da las gracias y lo bendice. El buen Dios te lo pagará. El hombre negro vestido de negro la escruta, sorprendido al oír de sus labios el nombre del buen Dios. Le gustaría decir algo. No lo hace. De todas formas, aunque ella sigue diciendo que no tiene hambre, la convence para que lo acompañe al restaurante, porque sostiene que él sí tiene hambre.

Se sientan a las mesitas de la cafetería de la planta superior, que dominan el vestíbulo de las taquillas, como dos viajeros cualesquiera. Él insiste, con firmeza, y al final ella cede y acepta comer algo. Paga él. Solo ahora le dice su nombre. *Frère Antoine*. Ella lo había intuido correctamente: es un religioso, aunque no vaya vestido de cura, ni de monje. Ella, en cambio, no le dice el suyo. *Frère Antoine*, por otra parte, tampoco se lo ha preguntado. Aquí los nombres no se le dicen al primero que llega, y además no significan nada. Cuando llegan, muchos abandonan el viejo nombre con la vieja identidad. Y no todos lo que se han perdido encuentran, pueden o quieren reencontrar el suyo.

Frère Antoine ha sacado un bolígrafo y está garabateando en una servilleta. Es una dirección. Si tienes hambre, la exhorta, puedes ir ahí. ¿Y cómo?, farfulla. La mera idea de dejar la estación la aturde. A estas alturas ya se ha acostumbrado a Termini. Ya no siente miedo del vestíbulo, ni de los andenes, ni de la plaza, ni tampoco, casi, de los desesperados fantasmas que la pueblan de noche. Pero la ciudad que se extiende a su alrededor la percibe como hostil, peligrosa como la selva. Nunca se aventuraría por ella. Es fácil, dice *frère Antoine*. No tiene pérdida. Hay un autobús que sale de la plaza. El número 64. Lo coges y te bajas cuando veas a la izquierda un edificio grandísimo, una especie de templo completamente blanco. Es la plaza Venezia. Luego enseñas este papel: todo el mundo sabrá indicarte qué calle es, queda justo ahí detrás.

Gracias, papá, Dios te bendiga, dice ella. Pero su mirada le revela que no es capaz, en modo alguno, de encontrar la parada de origen del 64 entre las marquesinas de la plaza, ni de subir al autobús, ni de pedir ayuda a los pasajeros o a los viandantes. Ausente, confusa, ella sigue mirando el papel que está encima de la mesa. Está escrito: calle Degli Astalli, 14/a.